

## Dos relatos

Two stories

\*Juan José Macías\*

Correo electrónico: macias666@gmail.com

### El hombre que odia

Del mismo modo que en el siglo XIII, en que cada mañana al abrirse las ventanas de las reales habitaciones los palacios infestaban de fermentación a la naturaleza, así llegó un día a nuestra comarca *El hombre que odia*.

Una mañana, sí,  
como lo saben contar  
las novelas ojivales.

Porque de *El hombre que odia* emanaba un hedor más infame que el de mejillones pudriéndose en las playas bajo el sol de media tarde. Un hedor perfectamente perceptible a la distancia. Uno de esos tufos, también, como el que surge casi siempre de las asambleas de los legisladores y de los ministerios de justicia. Y aún no se ha elaborado el perfume que lo disimule.

Pero dejemos establecido de una vez y para siempre que no era el hedor lo que distinguía a *El hombre que odia*, sino una cualidad más aterradora. *El hombre que odia* carecía de ese material de naturaleza córnea que sirve de cubierta a la parte dorsal de la última falange. Es decir: adolecía de supresión de uñas. Así, como se los cuento, y eso era lo malo para él.

El lector estará preguntándose: “¿El objeto del rencor de *El hombre que odia*, era en él la ausencia, la carencia de uñas?” —Sí, por cada uno de los dedos de las manos.

Se odiaba por no tenerlas y odiaba a los que las teníamos. Su insuficiencia lo dejaba confesionalmente en la indefensión ante un prurito por causas precisas: una infancia mal vivida, un despojo, la humillación, el crimen, la miseria, en fin, una vida sin apelación. Causas entre otras —gruñía— contra las que un hombre debe oponer justamente las uñas.

Y todos los que pudimos escucharlo (y en realidad toda la comarca porque hablaba en voz alta en tanto que paseaba), lo hacíamos sin dejar de apretar con dos dedos la nariz, tal y como hacemos cuando transitamos cerca al palacio donde se reúnen los sordos, tozudos y oligofrénicos antes mencionados.

“Imagínese usted —decía a todos y a nadie—, pudiera uno rascarse una frustración, un desengaño, como se suele rascar una roncha producida por una picadura de mosquito; acaso no pensaríamos más como aquellos ciudadanos romanos en presenciar las ejecuciones capitales del objeto de nuestro rencor. Pudiera uno —y al decir esto sonreía— rascarse un resentimiento con la misma solicitud que obliga una pústula en el rostro... una sama. Aaaaaah, cualquier noción negativa acabaría por causarnos placer...”

Cierto día, con el viento vespertino no flotó más la especial acritud. Comprendimos: *El hombre que odia* ya no estaba más entre nosotros. Y tal como lo

saben contar las novelas ojivales, de la misma manera misteriosa en que llegó, se fue. Realmente no olía tan mal ni era tan rencoroso. ¿Sabes?, a veces con la urticaria hay que habérsela sin antihistamínicos y corticoides.

### Arachné

Detrás de los volúmenes que componen la obra toxicológica de Nicandro de Colofón, también han hecho nido las arañas. Nada las amedrenta, nada las sobresalta; vaya, ni siquiera las páginas bellamente ilustradas del *Thériaka* y el *Alexipharmaka*.

Irrespetuosas.

Cretinas.

En tanta historia han hecho sus nidos.

En tanta historia que además de ese honorable médico, poeta y gramático que fue Nicandro de Colofón (siglo II antes de nuestra era, corte de Átalo III, rey de Pérgamo y, por extensión, futura patria de Galeno y Oribasios), también incluye a Mitridates, Critón y a Andrómaco (médico de Nerón), que enumeró en un poema 71 remedios contra la picadura de insectos y animales venenosos.

Cayera otra vez sobre ellas —oh audaz, oh virtuosa y bella Arachné—, la furia de Pallas Atenea. Eso ya me lo he dicho muchas veces y no me he propuesto nada para remediarlo. Se lo he dicho a Aristóteles y a Nicandro que, con mirada inquisidora, toman notas sobre las arañas que han decidido abarrotarlo todo con sus hilados y tejidos.

Te lo he dicho a ti, que no me ves, ininteligible Ariachdna, pero sé que me escuchas como si te hablara un fantasma en tu interior. (Un fantasma en tu interior, qué chistoso. Y que te habla, qué chistoso.) Un fantasma metido ahí donde el alma eje su telaraña y se alimenta de los pequeños teje su telaraña y se alimenta de los pequeños propósitos que atrapa.

¿Te imaginas, Adriachna, un Alma patuda de costumbres arácnidas?

¿O es que no te ha ocurrido a ti, en ocasiones, que el Alma devora tus propósitos antes que éstos puedan utilizar sus pedipalpos como órganos copuladores? Con los míos, muchas veces. Ejemplo, este propósito mío de olvidarme de ti, campeón invicto de tiro por la culata.

Yo permanezco todavía, oh querida, queridísima Ariadna, solo, solitario, confundiendo los nombres y confundíendote en ellos, sin encontrar la otra punta del hilo que me saque de este laberinto, presenciando cómo, de nuevo, pequeñito, ahí está mi propósito, tejiendo su red para depositar la gota de esperma que le sale por el gonoporo. Lo observo meter a continuación la punta de los pedipalpos repetidamente en la gota, hasta que ésta se acaba.

Una vez cargados totalmente camina hacia el Alma, vigilante siempre, hasta lograr instalarse sobre su prosoma al que debe acariciar con ternura para convencerla de sus intenciones. Y este propósito mío, pequeñito, como puede, introduce uno o varios pedipalpos en la abertura genital del Alma. Pero lástima, una breve distracción y el propósito desaparece, engullido por la enorme araña voraz.

Si estuvieras conmigo seguro no habría en casa ni dípteros ni lepidópteros; tampoco y mucho menos tisanuros, esos insectos peces de plata que comen a los libros y corren rápidos por las paredes (a estas alturas ya casi no queda nada del *Thériaka* y el *Alexipharmaka*). Pero en algún rincón húmedo de vez en cuando me visita algún grillo (ortópteros) o algún ciempiés (quilópodos). Por la ventana abierta salta alguna langosta o se cuelga alguna avispa (himenópteros). Y a veces, desde que ya no estás tú, oh querida, amadísima Adriana, me visita un ruidoso alguacil (odonatos), si el día está por ponerse triste.